

421. Por medio de la hipérbole pueden aumentarse las cosas de cuatro modos:

1.º *Por demostración*: «Ese orador es un Cicerón.»

2.º *Por semejanza*: «Ese ermitaño vive como un Pacomio.»

3.º *Por comparación*: «Pedro es más listo que una ardilla.»

4.º Tomando el *abstracto* por el *concreto*: «Antonio es la misma generosidad.»

422. Viendo que la naturaleza de la hipérbole tiende á lo extraordinario á fin de ponderar y abultar los objetos, efecto todo esto de pasiones vehementes que nos agitan, el predicador debe ir con mucha prudencia y delicado gusto para saber usarlas bien, pues una imprudencia podría hacerle caer en lo extravagante, perjudicando su noble ministerio. Los jóvenes sobre todo, por la fogosidad de sus pasiones, deben ir con mucho cuidado en prodigarla, y mucho más en abusar de la hipérbole, pues tales exageraciones consideradas siempre conducirían á rebajar el mérito de la predicación; pues no pocas veces producen la confusión en el ánimo de los oyentes, llegando á oscurecer asuntos tan grandiosos de nuestra Santa Religión con el velo de una continua *hipérbole*.

LECCIÓN XXXII.

Figuras lógicas ó de enseñanza.

SIRVEN PARA INSTRUIR.

423. 1.ª *Distribución*. Es cuando una proposición se distribuye en todas sus partes para esclarecer el asunto. Ejemplo: El P. Ráulica, en su sermón de la gracia, para probar que ésta transforma totalmente al hombre, emplea

esta figura: «*Y en efecto, dice, la divina levadura no queda circunscrita y limitada en una parte del sér humano, penetra en todos los sentidos: opera sobre lo intelectual, y lo esclarece; opera sobre el corazón, y lo limpia y purifica; opera también sobre los sentidos, y los doma y santifica; y no cesa de obrar hasta que hace fermentar el sér humano por un calor sobrenatural y divino: Donec fermentatum est totum.*»

424. 2.ª *Pretermisión*. Aparenta pasar en silencio lo que en realidad está manifestando más de lo que se proponía: «¡Nada diré de su lujuria, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; sólo hablaré de sus usuras y concusiones...!» Cicerón contra Verres. Con esta figura lo dijo todo. La *Reticencia* es el silencio.

425. 3.ª *Licencia oratoria*. Es cierta manera libre usada por el orador. Esta no autoriza al orador para que desde el púlpito trate con atrevimiento y descaro al auditorio, pues sería una reprobable insolencia; sino que consiste en manifestar sin respetos humanos alguna verdad que puede desagradar á los oyentes, usando de buenas maneras. Es del todo magnífica, enérgica, la apóstrofe de San Pedro con la cual echa en cara á los judíos las maldades y villanías que cometieron con Jesucristo; allí va la verdad clara y patente sin ningún embozo: «El Dios de vuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesús, al que vosotros entregásteis y negásteis ante Pilatos, cuando él juzgaba que debía ser puesto en libertad. Mas vosotros negasteis al santo y justo, y pedisteis se os entregara libre al hombre homicida; pero matasteis al autor de la vida, al que Dios resucitó de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos.» ¡Qué elocuencia de fuego! Pedro habla, y no esconde la verdad, ni la menor parte de ella; mas como predica para convertir las almas, y esta libertad apostólica podía ser mal recibida, ved cómo al mismo tiempo suaviza de un modo admirable esta *licencia oratoria*: *Et nunc, fratres, scio quia per ignorantiam fecistis, sicut et principes vestri*. Y después concluye su sermón con aquella hermosa peroración: *Pœnitimini igitur, et convertimini ut deleantur peccata vestra*. Y se convirtieron cinco mil personas. Todo esto se encuen-

tra en el cap. III de los Actos de los Apóstoles. Formémonos en estos modelos. Observaremos de paso que esta figura cuadra mejor al predicador de edad provecta, que al joven; y que no puede usarse sin que el orador esté asegurado de su justicia y del poder de su palabra.

426. 4.^a Corrección. Es una aparente retractación de lo que se ha dicho, ya para llamar más la atención del auditorio, ya para confirmarlo con más ventaja: v. gr. «La vida es un sueño. *Perdonad, me he equivocado: Quería decir: Al empezar á vivir empezamos á morir.*» Y lo que dijo Jesucristo del Precursor: «¿Qué habeis salido á ver? ¿un profeta? Sí, en verdad Yo os lo digo, y aún más que profeta.»

427. 5.^a Concesión. Se vale de ella el orador para alcanzar mayor triunfo, seguro de la bondad de su causa en las objeciones que pueden hacerle. Mas tales concesiones no deben hacerse siempre que perjudican nuestra causa.

428. 6.^a Anticipación. Llamada también *anteocupación* y *prolepsis*, consiste en prevenir de antemano las objeciones que pudieran hacernos, refutándolas debidamente, á fin de preparar el terreno á la verdad que intentamos inculcar en el espíritu de los oyentes. La epístola de San Pablo á los Romanos, á causa de la sublimidad y vivacidad de ideas, ostenta innumerables veces la *anteocupación*, con la cual el Apóstol refuta objeciones supuestas: *Dicis itaque mihi: Quid adhuc queritur? voluntati enim ejus quis resistit? O homo, tu quis es, qui respondeas Deo?* (Rom. ix). Ella sirve: 1.^o Para prevenir dificultades; 2.^o Para la natural transición, á fin de poder arrojar nuevos y poderosos dardos; 3.^o Para que no se indignen ó escandalicen los oyentes de la grandeza de errores ó disparates que podrían haber oído, con lo cual quedan prevenidos contra la incredulidad.

429. 7.^a Sentencia. Es toda reflexión profunda expresada de un modo sucinto y enérgico que encierra alguna notable moralidad, y que requiere gravedad en la expresión. La *máxima* se diferencia en que tiene la forma de consejos ó reglas de conducta para nuestras acciones. Podríamos decir que la *sentencia* versa más sobre la verdad especulativa; y la *máxima* sobre la verdad práctica.

430. 8.^a Epifonema. Es una deducción sentenciosa, ó

corolario de cuanto se ha dicho, formulada en algunas exclamaciones ó reflexiones profundas. El venerable Luís de Granada en su Símbolo de la fe, después de manifestar la grandeza de Dios, y que era necesario criar muchas criaturas para que cada una nos manifestase algo de las perfecciones infinitas de Dios, dice: De esta manera las criaturas hermosas predicán vuestra hermosura; las fuertes, vuestra fortaleza; las grandes, vuestra grandeza; las artificiosas, vuestra sabiduría; las resplandecientes, vuestra claridad; las dulces, vuestra suavidad; y las bien ordenadas y proveídas, vuestra maravillosa providencia.» Y luego añade esos sentenciosos y hermosos *Epifonemas*: «¡Oh testificado con tantos y tan fáciles testigos! ¡Oh abonado con tantos abonadores! ¡Oh aprobado por la universidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de Vos con tantos abonos? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predicán la grandeza de vuestra gloria?

431. Consideremos uno por uno estos epifonemas, y veremos como cada uno de ellos encierra una profundidad de ideas, abraza todo el discurso, concisión de palabras, diferentes fórmulas de expresión en que se encierra el Epifonema, ya es la exclamación, ya la interrogación; en una palabra, todo es interés, novedad, variedad de imágenes, brillo de colores, rasgos sublimes, fuerza de persuasión que encantan, arrebatan y quitan el fastidio que produciría una larga y monótona repetición. Estas cualidades ha de tener el *Epifonema*.

432. 9.^a Dubitación. Cuando el orador se manifiesta perplejo sobre lo que debe hacer ó decir. La duda puede versar sobre la materia que podrá elegirse, sobre las circunstancias en que se encuentre el orador, ó también el auditorio. En críticas circunstancias es de un efecto admirable, y sirve de preámbulo ó exordio á ciertos asuntos delicados que de buenas á primeras no nos atreveríamos á tratar ó anunciar por no irritar al auditorio, y que con esta estratagema ó *Dubitación* han sido bien recibidos. Yo he conocido misioneros que por medio de esta figura propusieron

y trataron asuntos necesarios á auditorios, que, de otra manera, hubiera sido dificultoso tratarlos. Otras veces se usa para amplificar las ideas y argumentos, para hacer más agradable lo que en su interior tiene ya resuelto. Y por fin se usa la *Dubitación* para hacer resaltar con más vigor y energía alguna verdad que deseamos grabar profundamente en el corazón de los oyentes.

433. Es notable y de una sin igual energía y belleza la que usa San Basilio para despertar á los borrachos de su profundo letargo, haciéndoles ver que su mal casi no tiene remedio. Después de manifestar que es inútil hablar al borracho, porque no ha de escuchar, dice: *Quos igitur alloquemur?* Supuesto que los que necesitan corrección no han de escuchar: mientras que el templado y sobrio no necesita el sermón, estando exento de este vicio. ¿Qué haré, pues? *Dicam ne contra ebrios?* Por fin se resuelve á predicar sobre la embriaguez, valiéndose de una comparación tomada del contagio, en que los médicos dan preservativos á los sanos, mientras que á los atacados de la peste ya no les dan medicinas: *Sic etiam nobis media ex parte utilis est sermo, qui impertiturus est tutelam et antidotum sanis et integris, non liberationem aut medelam egrotantibus.* ¿Quién no ve como San Basilio por medio de la *dubitación* engrandece de tal manera el asunto, y estigmatiza tan enérgicamente la embriaguez, que es capaz de hacer estremecer á los culpables de este vicio, cuando los considera poco menos como abandonados y sin remedio? Sin embargo, al predicador toca abrir el corazón del oyente á la confianza, moderando los rasgos demasiado vivos que podrían inducir á la desesperación; pues el mismo Santo Doctor, que durante su enérgico discurso ha dicho con voz de trueno: *Usquequo vinum? usquequo ebrietas?* él mismo concluye abriendo á todos las puertas de la divina misericordia.

LECCIÓN XXXIII.

Figuras patéticas ó de pasión.

SIRVEN PARA MOVER.

434. 1.^a *Apóstrofe*. Sucede cuando, torciendo el curso de la frase, repentinamente nos dirigimos á alguna persona ausente ó presente, á seres invisibles y áun objetos inanimados. Esta figura es de las más elocuentes, es un carbón encendido que abrasa donde toca, es un plectro poderoso que pone en fuerte vibración las cuerdas del corazón que ha herido. Supone una grande pasión de ánimo, y olvidado el orador de su raciocinio increpa, arguye y llama de repente á los muertos como á los vivos, reconviene á los montes y á los valles, y á los cielos y á la tierra les invoca por testigos. Jamás hemos podido leer esos elocuentes y sublimes apóstrofes sin que el entusiasmo se haya apoderado del corazón: «Los ínclitos de Israel fueron muertos sobre tus montes; ¿cómo cayeron los fuertes? No deis la nueva en Geth, ni lo publiqueis en las plazas de Ascalón... *Montes de Gélboe, ni rocío, ni lluvia vengan sobre vosotros, ni haya campos de primicias; porque allí fué abatido el escudo de los valientes. (II Reg.)*» Lo mismo en el Salmo LXXX: *Exultate Deo adjutori nostro: jubilate Deo Jacob... Buccinate in Neomenia tuba, in insigne die solemnitatis vestre: quia preceptum in Israel est: et judicium Deo Jacob... Audi, populus meus, et contestabor te: Israel, si audieris me, non erit in te Deus recens, neque adorabis Deum alienum.* ¡Qué belleza! ¡qué magnificencia de estilo contienen las Sagradas Escrituras! Con razón dijo de ellas el Crisóstomo al empezar su homilía V: *Quam dulcissima est Scripturarum*

lectio et omni prato suavior, atque pomario paradiso delectabilior!

435. «Esta figura es en elocuencia lo que lo maravilloso en la poesía,» ha dicho un escritor; y por esto conviene al estilo elevado, y no debe prodigarse; sino que los jóvenes, cortando alas á los excesos de la imaginación, deben prepararla con movimientos suaves y usarla en los tonos más convenientes, pues que á todos se presta: al vehemente como al más tierno, al más furioso como al suplicante.

436. 2.^a **Exclamación.** Siempre revela grandes emociones en el alma. Se vale ordinariamente de interjecciones; ¡ah! ¡oh! ¡ay! Deben sostener esta figura ya la *repetición*, ya la *interjección*. El venerable Luís de Granada en la bajada del Señor á los limbos se *exclama*: «¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo!» El Real Profeta lloraba el destierro de esta vida: *Heu mihi! quia incolatus meus prolongatus est...*

437. La *exclamación* obra en nosotros por simpatía; se nos comunican como por instinto las emociones de dolor ó alegría ajenos, y sólo esto ya nos hace comprender al momento la influencia que podemos ejercer sobre el corazón de los otros con este afecto simpático, mientras no haya ficción, la cual es bien deplorable en el orador cristiano, y hace mala impresión en el auditorio. «Lo mismo que si se usa con demasiada frecuencia, dice el Sr. Sánchez Arce, lo cual se nota en los predicadores jóvenes, que en la fogosidad de su edad, y con el fin de dar fuego y energía al discurso, prodigan esta figura, sin advertir que empleada á menudo y sin oportunidad resulta lo contrario de lo que se apetece.»

438. 3.^a **Interrogación.** Es para dar más energía al discurso, ó para estrechar y abatir más pronto al contrario. Es viva, enérgica; gira veloz, rápida; ni espera respuesta; arranca intrépida el consentimiento, la admiración, y se hace lugar llamando la atención á las grandes pruebas que establece. Maury ha dicho que de todas las figuras oratorias es la más dominante y más rápida. Mas antes de emplearse, ya se han de haber esclarecido los principios en que ella está basada, de lo contrario parece oscuridad y confusión.

439. 4.^a **Repetición.** Resulta cuando una misma voz se usa al principio ó fin de algunos miembros de un mismo período. Las hay de tres clases: *Necesarias*, cuya omisión dañaría la construcción: *Viciosas*, que son inútiles y sin donaire: *Elegantes*, que adornan notablemente el discurso. Es hermosa la que nos ofrece San Juan Crisóstomo en su discurso defendiendo al favorito de la corte, Eutropio, de las iras populares: «¿*Dónde* está, dice, el antiguo esplendor de las más altas dignidades?... ¿*Dónde* están las coronas y los brocados? ¿*Dónde* la alegría de la ciudad, las aclamaciones del circo y las lisonjas de los espectadores?... ¿*Dónde* se fueron? ¿*Dónde* están ahora los favoritos y los amigos del poderoso? ¿*Dónde* sus viles aduladores? ¿*Dónde* aquel enjambre de parásitos? Todo ha desaparecido como un sueño, como una flor, como una sombra. No puedo, no quiero dejar de repetiros estas palabras del Espíritu Santo: *Vanidad de vanidades y todo vanidad.*» Es necesario leer todo este discurso para saborear la elocuencia y belleza de las variadas figuras que encierra.

440. 5.^a **Reticencia.** Es cuando el orador, omitiendo algunas frases que debieran completar el sentido, no concluye el pensamiento enunciado. Excluye toda afectación, y supone una grande pasión y modestia en el predicador, el cual da más á entender con aquella interrupción y silencio, que con todas las magníficas palabras. Ya ha dicho un célebre poeta de nuestros días: «A veces el silencio es elocuente.» Un orador después de manifestar los dolores de *María* en la Pasión de su Santísimo Hijo, dice: «Por fin llegan al Calvario. El *Calvario*... ¡ah! ¡señores!» Y concluye al instante con la final deprecación, sin pasar más adelante en la narración interrumpida. Todo el auditorio comprende que en la palabra *Calvario* se esconde una escena de sangre, ignominias y muerte; sentimiento que cual chispa eléctrica hiere y se apodera con rapidez del corazón de los circunstantes. Ya lo hemos dicho, en esta figura ha de haber espontaneidad y vehemencia de pasión.

441. 6.^a **Prosopopeya.** Es llamada también *personificación*. Atribuye la vida y la palabra á toda clase de seres inanimados y aún á los que no tienen vida. A su llamamiento

cobran vida, animación, hablan, se mueven, se agitan los árboles, las piedras, los ríos, las montañas, las bestias, todas las criaturas ausentes y presentes; á su mágica voz los mismos muertos envueltos en su blanco sudario salen de sus tumbas. Esta figura, como se ve, es magnífica, capaz de producir grandes sensaciones, si está bien preparada; por lo que para que agrade necesita el ímpetu de la pasión vehemente que abrasa el pecho del orador, que saca ante el auditorio esta grandiosa imagen, que al poder de su palabra reviste los más brillantes colores junto con el soplo de vida.

442. Tiene tres grados: 1.º Cuando se atribuyen á objetos inanimados cualidades de los vivientes; v. gr.: Un palacio *soberbio*; un día *dichoso*; 2.º Cuando se les hace obrar como que tuviesen vida; v. gr.: *Mare vidit et fugit; Jordanis conversus est retrorsum.* (Ps. xciii). El tercer grado y superior de todos es cuando los objetos inanimados se presentan como que hablan ó escuchan; v. gr.: Si ese sepulcro se abriera, esos huesos que contiene dirían: Mortales: un día fuimos lo que vosotros sois; y un día seréis lo que nosotros somos." En este último grado la prosopopeya es la más sublime y majestuosa de todas las figuras. Es expresiva la del Profeta Jeremías en sus Trenos; la imagen de Jerusalén abatida y oprimida por el dolor, haciendo oír sus ayes quejumbrosos, derraman sobre nuestra alma todo el sentimiento de melancolía de que está poseído el Profeta, y sus ecos arrancan á las cuerdas de nuestro corazón notas de indefinible tristeza.

443. 7.ª **Optación.** Es la expresión del vehemente deseo de alguna cosa. Es muy sentimental. No hay más que leer la del Crisóstomo elogiando al Apóstol para formarse idea de su belleza, y de la riqueza de sentimientos que encierra: *Quis mihi nunc dederit ut corpus Pauli circumplectar, et sepulchro hæream, ut pulverem videam...*! Qué conmovedora es la del Apóstol á los de Galacia! cap. v: *Filioli mei, quos iterum parturio, donec formetur Christus in vobis. Velle enim esse apud vos modo, et mutare vocem meam: quoniam confundor in vobis.* Tiernísimas y de profunda melancolía se encuentran en el libro de Job.

444. Si lo que desea es un mal para sí mismo ó para los otros, hay lo que se llama *imprecación*; y si se amenaza con males graves y castigos terribles hay la *conminación*. Tremendas imprecaciones y espantosas conminaciones usaron los inspirados de Dios, singularmente en los Salmos; mas atiéndase en qué sentido lo hicieron. Ambas figuras son armas poderosas para hacer estremecer al pecador, y sacarlo de la muerte á la vida; mas no olvide el orador que no debe abusar de ellas, para que no le endurezca más, y desesperado se sumerja de nuevo en sus vicios. Conmovidlo ya el pecador con las dichas figuras, válgase entonces de esta ú otra que sigue.

445. 8.ª **Obsecración**, que ruega, que se insinúa en el corazón, y hace oír los acentos de la caridad y compasión. "Obsecro: te ruego, dice Moisés al Señor; este pueblo ha pecado; perdónale, ó quítame la vida. (*Exod. xxxii.*)" ; Cómo se derrama el corazón del Apóstol en ríos de dulzura y de sentimientos afectuosos en las más tiernas obsecraciones! "Yo, el mismo Pablo, os ruego por la mansedumbre y modestia de Cristo. (*II. Cor. ix.*)" *Obsecro itaque vos ego vinctus in Domino, ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis.* (*Ephes. iv.*) Y á Filemón le dice: *Obsecro te pro meo filio, quem genui in vinculis.* Abramos, pues, con los ruegos y las lágrimas el cerrado corazón de los pecadores, antes que irritarlos con vanas declamaciones.

LECCIÓN XXXIV.

Figuras de puro adorno.

SIRVEN PARA AGRADAR.

446. 1.^a Descripción. Consiste en hacer la pintura de un objeto con tan vivos colores como que lo estuviésemos viendo. Los griegos la llamaron *hipotiposis*: se diferencia de la *Definición* en que ésta manifiesta la esencia y naturaleza de una cosa, mientras que la *descripción* da á conocerla por los rasgos exteriores, la reviste de los más bellos colores, y la presenta con todo el brillo ante nuestros ojos. Fenelón ha dicho: «Sin la descripción todo es seco, lánguido y enojoso.»

447. Mas en ella hay que atender: 1.^o En trazar los rasgos más característicos y oportunos del objeto con concisión y energía. 2.^o En presentarlo del punto más favorable á la impresión que se intenta producir, sin perder de vista la unidad que preside todas las circunstancias escogidas. 3.^o Los contrastes ó contraposiciones hacen resaltar admirablemente objetos y circunstancias, como en un cuadro las sombras á la imagen. Una descripción elocuente siempre impresiona.

448. Cuantos escritores han tratado de estudiar é investigar las bellezas y rasgos elocuentes de la Escritura Santa, no han podido menos varios de ellos al formar sus paralelos de llamar la atención sobre la magnífica descripción que del caballo se lee en el libro de Job, muy superior á las que de él hicieron Homero y Virgilio, como entre otros lo observa Chateaubriand. Está en el cap. xxxix: «¿Por ventura darás fortaleza al caballo, ó rodearás de relincho su cuello? ¿Por ventura le harás saltar como las langostas? La

majestad de sus narices causa terror. Escarba la tierra con su pezuña; encabritase con brío; corre al encuentro á los armados; desprecia el miedo y no cede á la espada. Sobre él sonará la aljaba; vibrará la lanza y el escudo; con hervor y relincho muerde la tierra, y no aprecia el sonido de la trompeta. Luego que oye la bocina, dice: ¡Ah! Huele de lejos la batalla, la exhortación de los capitanes y la algazara del ejército.»

449. La *Descripción* pinta lo exterior, las cualidades físicas; la *Etopeya*, las costumbres, el genio, las cualidades morales; son propias de ésta las pinturas morales, v. gr., una viva pintura del estado interior de una alma pecadora.

450. 2.^a Expolición ó exornación. Adorna el pensamiento con repetición de voces equivalentes para imprimir con más fuerza alguna verdad en el ánimo. Es para el pensamiento lo que la *sinonimia* para las ideas. Mas debe evitarse una verbosidad fatigosa que nada de nuevo dice, porque sería una expolición *viciosa*. En las obras de San Euquerio se expresa la santa tristeza del Santo en esta *Expolición*: «El género humano, dice, corre rápidamente hácia el sepulcro, y todas las generaciones marchan una á una con los siglos. Nuestros padres caminaron los primeros, nosotros iremos también, nuestros nietos vendrán en pos de nosotros, y al modo que las olas empujadas unas por otras, se estrellan contra las orillas del mar, así todas las edades se siguen, se empujan y terminan con la muerte.»

451. 3.^a Comparación. Tiene más alta trascendencia de lo que á primera vista podríamos figurarnos. Atendida nuestra naturaleza, nosotros no alcanzamos las ciencias ni progresamos en ellas sino por medio de comparaciones que nos ponen en claridad y evidencia la verdad en cuanto está á nuestros alcances. Vemos que los preceptores y los grandes maestros, aún de las ciencias más abstractas, la tienen en boga, y el mismo Angel de las escuelas en cuestiones tan elevadas como trata de metafísica y moral en su *Suma Teológica*, á cada momento tiene la comparación en sus labios; y es que nada aclara tanto las ideas y nos hace comprender las cosas como las *comparaciones*. No extrañemos, pues,

que esta figura sea tan frecuente y familiar en el púlpito, que es la cátedra donde se enseñan las eternas verdades. Después de lo dicho se comprende fácilmente por qué estamos tan inclinados á las comparaciones, y tienen tal atractivo para nosotros en todas las edades de la vida; en la vejez como en la mocedad y aún en la misma niñez son tan agradables; los sabios como los rústicos hacen frecuentísimo uso de ellas, tomándolas de cuantos objetos se presentan á su vista, de cualquier orden que sean.

452. Para su buen uso hay que atender á las siguientes reglas: 1.^a Debe evitarse el formar comparaciones entre objetos de una semejanza demasiado manifiesta, pues quita todo el placer cosa que se ofrece á primera vista. 2.^a Debe evitarse el defecto contrario de buscarlas de una relación tan remota y débil que apenas si se la coge por los cabellos. 3.^a Los objetos de donde se toman las comparaciones han de ser conocidos de todos segun su profesión ú oficio. 4.^a Deben evitarse las ideas bajas y vulgares.

453. Las comparaciones acostúmbrase á presentarlas bajo tres formas diferentes: 1.^a De *mayoría*, esto es, de más á menos; 2.^a De *minoridad*, esto es, de menos á más; 3.^a De *igualdad*, esto es, de semejante á semejante, que otros llaman de *variedad*. Y tienen ellas la ventaja incomparable de hacernos gozar á un tiempo y sin confusión de dos objetos distintos, la de servir muchas veces para referir hechos difíciles de explicar, ó que expuestos de cualquiera otra manera podrían comprometer el decoro del púlpito. De todos los grados y matices, la más hermosa variedad de agradables comparaciones encontraremos en la lectura de la Sagrada Escritura y los Santos Padres y escritores eclesiásticos.

454. 4.^a *Antítesis. Contraposición.* En ella se contraponen unos objetos á otros. Unas se fundan en las ideas, y otras en los pensamientos. Todo el fundamento está en esta alianza de contrarias ideas en la imaginación, la cual es de un efecto sorprendente, v. gr., como en esta de San Efrén, en su elocuente sermón del juicio: «Por el contrario, el camino ancho, la puerta espaciosa, conducen á la muerte. En este mundo, los goces; en el otro, las amarguras y los su-

plicios: en el primero, las flores; en el segundo las espinas: en el uno, el risueño séquito de las delicias; en el otro, las turbas de demonios dispuestos á arrastrar consigo sus víctimas... En vez de una mesa voluptuosa, el hambre; en vez de los vinos delicados que sin cesar beben, la sed; en vez del reposo, los sufrimientos; en vez de la alegría, los lamentos; en vez de las armonías del canto, los sollozos; en vez de vestidos delicados, los gusanos; en vez de insensatas danzas, los demonios que les sirven de compañía; en vez de su muelle indolencia, roedores remordimientos...» Cuando las ideas contrapuestas son varias ó se expresan difusamente, forman lo que se llama *contraste*, como el que acabamos de citar de San Efrén.

455. Acerca de las figuras concluiremos diciendo: que son admirables los arroyos de luz y de colores que manan de cada página de la Sagrada Biblia. Véase como muestra aquel cántico divino de Moisés al paso del Mar Rojo, en donde el caudillo de Israel, poseído de un santo entusiasmo empieza: *Cantemus Domino*. (Exod. xv). Himno elocuente y lleno de poesía, que ha excitado la admiración de hombres eminentes en las letras, que saben apreciar lo bello y sublime. «El santo entusiasmo que agitaba el espíritu profético de Moisés, dice el Sr. Martínez y Sanz, exigía un lenguaje completamente figurado, como el del cántico en que nos ocupamos; sin embargo, hay en él grande sobriedad de figuras, pues cada palabra encierra varias y sublimes ideas, revela muchos y vivos afectos: pensamientos y afectos que cualquiera otro hubiera necesitado para expresarlos mayor número de palabras y figuras.»